



tamoanchán



lunes 09 de junio

"UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL", CENTRO INAH MORELOS

Cultura y mirada

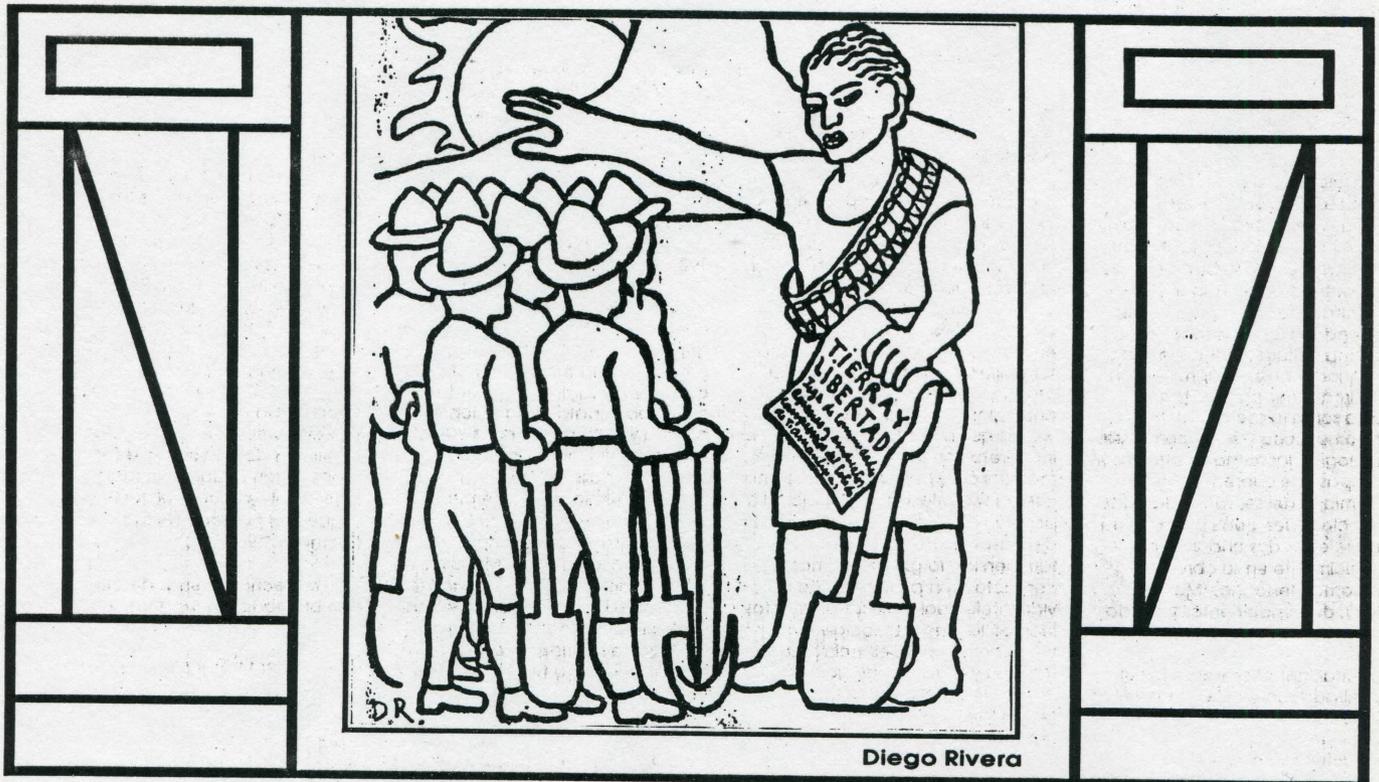
la lectura de

Carleton Beals

sobre el corredor zapatista de Milpa Alta

(Segunda parte)

Dr. Ricardo Melgar Bao
Antrop. Miguel Morayta Mendoza



Diego Rivera

La preparación de esta tercera entrega sobre Beals nos deparó nuevas sorpresas sobre su periplo vital(1). Este peculiar viajero- cronista, que mira desde el lente de su alteridad cultural, pero también desde la cultivada sensibilidad social de un joven demócrata radical norteamericano, nos presenta un interesante juego de espejos sobre Milpa Alta. La mirada de Carleton es autorretrato y fotografía al mismo tiempo. Agregaremos, los textos de Beals son

también: palabra y voz, escritura propia con algo de oralidad del otro, traduciendo los signos encontrados de los años veinte.

1. Releyendo a Beals

Es imposible etiquetar la mirada de alguien que como Beals tuvo una enorme riqueza y diversidad de contactos con diferentes perspectivas ideológicas y que mantuvo una

búsqueda constante por vivir y entender lo que esta mas allá de lo superficial, búsqueda que lo llevaría a eslabonar sus interpretaciones de lo local, a lo regional y aún con lo continental.

Según el propio Carleton Beals, su vida fue mucho mas colorida, cambiante y

por favor pase a las páginas 11, 12, 13 y 14

Cultura y mirada

viene de la primera plana del suplemento

desordenada que la del común de la gente. (Current Bibliography, 1940). Repartidor de una tienda de abarrotes, encargado de una delicatessen, carpintero, maquinista, chofer, peón de rancho, vendedor de libros, asistente de laboratorio, maestro, lavaplatos, mesero, encargado de una zapatería, tenedor de libros de contabilidad, cajero, jugador profesional de ajedrez, gambusino, promotor de propaganda, viajero, universitario brillante (cum laude de la Universidad de California), director de una secundaria, conferencista universitario, periodista, activista político y prolífico escritor.

Durante sus años activos como reportero, entrevista a seis presidentes de México, a un presidente de España, a tres Presidentes de Nicaragua, a César Augusto Sandino y un sin fin de personajes destacados y controvertidos, como por ejemplo Benito Mussolini. Carleton participó en varias publicaciones periódicas; fungiendo como editor de la Revista Mexican Folkways (México) en la que colaboraron entre otros Diego Rivera y Tina Modotti y un nutrido grupo de etnógrafos y folcloristas.

Beals se suma a numerosos autores estadounidenses que durante el siglo XX han construido los espejos - llave para dirigir su mirada sobre México. Desde Carson con su obra México en 1910; hasta Vecinos Distantes de Alan Riding en 1979. Cada uno de estos autores creen haber encontrado la clave para traducir y entender a los mexicanos desde el prisma cultural norteamericano. En algunas obras, se aprovechan estas imágenes para voltear el espejo sobre la sociedad norteamericana y entre contrastes y analogías, las miradas, atraviesan las capas que cubren los andamiajes del ser social de estas dos sociedades. Beals pone frente a frente estos dos andamiajes especialmente en su obra: Panorama Mexicano. (Mexican Maize), de donde hemos tomado el apartado referente a Milpa Alta, D.F. que a continuación vamos a comentar, antes de transcribir el. Esta mirada sobre México le otorga a Beals muchos elementos para mirar a otros países latinoamericanos: Chile, Venezuela, Panamá y Cuba entre otros. También le da elementos para mirar a su propia sociedad sobre la que redacta obras muy críticas como el libro, American Earth. Sí, el espejo mexicano se multiplica para proyectarse sobre las dos Américas.

Para tener una idea de la altísima productividad de el autor que estamos discutiendo, vale la pena intentar un breve listado de sus principales obras: Este fecundo

autor escribe una obra en 1917 con el que intenta ganar el premio en Economía Harth Schanffner y Marx. El libro se quemó en un incendio, en ese año. En 1923 publica un libro llamado México y en 1927, redacta su obra Brainstorm And Chile. En ese mismo año escribe para los periódicos The Nation y New Republic. En el primero publica una famosa entrevista con el General Sandino en plena guerra de resistencia nacional contra la invasión norteamericana en Nicaragua (1928). En 1930, Beals publica la novela Destroying Victor. En 1932 termina el libro Banana Gold y presenta un libro titulado, Porfirio Díaz, Dictador of Mexico. Un año después, saca a la luz The Crime of Cuba. En 1935, Beals publica dos libros: Black River y Fire On The Andes. Los siguientes textos: The Story of Huey P. Long, American Earth, Stones Awake, America South, The Coming Struggle for Latin America, Pan American, Glass Houses y The Great Circle, los escribe Beals entre 1936 y 1940. Varios de ellos fueron reeditados en español por la editorial chilena Zig-Zag en los años cuarenta.

2. Etnografía del Espejo

Por último, es indispensable comentar algunos de los elementos con que contó Beals para lograr una obra que urde tan profundo en el alma, el espíritu y el corazón de la sociedad mexicana, especialmente en el ámbito rural. La extraordinaria sensibilidad de nuestro autor se percibe no solo en la descripción de los olores, los colores y de los paisajes de visiones y sensaciones que envuelven sus percepciones; esta sensibilidad aflora también en el profuso manejo de metáforas, analogías e intuiciones con las que brinda sus interpretaciones literarias. Dicho material abre la posibilidad de una historia sensorial de la alteridad. La posición política de Beals no solo le dio base desde donde observar, también le otorgó valiosísimos contactos con personajes de la vida intelectual mexicana: eruditos locales, luchadores sociales, funcionarios públicos incluyendo militares y todo tipo de gentes; todos ellos configuraron las generosas fuentes de información que filtraron su mirada y su palabra.

Los testimonios y descripciones que Beals nos da tienen un origen común: sus vivencias personales. En Milpa Alta, nos presenta las gentes y la historia de un lugar que en términos regionales ha tenido una importancia notable.

Milpa Alta

Este espacio montañoso del Distrito Federal colindante por su lado norte con el Estado de

Morelos, del que da cuenta Carleton Beals al filo de los años veinte, posee una superficie de 281 kilómetros cuadrados, oscilando su altitud entre los 2,300 y los 3,600 m.s.n.m. El proyecto evangelizador de los franciscanos sobre Milpa Alta se potenció vía sus dos conventos: San Pedro Actopan y San Antonio de Padua en Tecómilt, pero también del circuito franciscano que se anudaba con sus enclaves morelenses. Esta zona contaba con una población de 15,900 habitantes hacia 1910, de los cuales 4,720 residían en la cabecera (Enciclopedia de México 9, 1987:5435).

El círculo de cerros que bordean Milpa Alta (Cuatzin, Tetzacóalt, Tuhliac, Acoplxco, Piripitillo, San Bartolo, Tláloc, Teicuayo, Comalera, Chichinautzin, Ocotecatí y Loma de Madroño, iban marcando los ejes de comunicación con las poblaciones morelenses (corredor Tepoztlán-Cuernavaca y corredor Cuautla-Oaxtepec-Tlayacapan), pero también con Xochimilco, así como las exigencias de una milenaria modalidad de cultivo en terrazas. Los flujos de peregrinos, comerciantes, migrantes y viajeros morelenses veían en Milpa Alta una estación bisagra para acceder a la Ciudad de México navegando por las lagunas de Tlapultepec y Cuiculonco hasta Moyoguarda, pasando por la compuerta de Mexicaltzingo hasta llegar a la garita de Jamaica (Enciclopedia de México 9, 1987:5435).

A raíz de la derrota y huida de Huerta el 13 de julio de 1914, el general Zapata se encontraba preparando la toma de la Ciudad de México. Cuatro días más tarde enterado Zapata de la quiebra política y militar de Huerta, de la avanzada de las tropas constitucionalistas y de los miedos que la proximidad del ejército suriano había despertado en la capital, apresuró su campaña y procedió a la toma de Milpa Alta después de tres días de arduos combates. La rectificación del Plan de Ayala acordada el 19 de julio de 1914, se inscribe en este momento de alta tensión política

que parecía ya irse revirtiendo en favor del binomio Carranza-Obregón (Womack, 1985:185-186).

A mediados de 1916 cuando las tropas zapatistas se encontraban en su fase de repliegue militar estratégico frente a la ofensiva del rapaz general carrancista Pablo González, vía la confirmación de columnas volantes, Milpa Alta reaparece como un eslabón importante dentro del ajedrez zapatista. Efectivamente, las guerrillas zapatistas luego de barrer a las guarniciones carrancistas de Tepoztlán y Santa Catarina, reemprendieron un audaz ataque a la Ciudad de México por la cadena montañosa del Ajusco, capturando un importante botín militar en Milpa Alta (Womack, 1985:256). Resulta interesante señalar que unos meses después Beals se encontraba en la Ciudad de México dando clases en la «American High School», y a los oficiales carrancistas en el Departamento de Guerra: En 1919 Beals es cofundador del Partido Comunista Mexicano.

La fragmentación política y militar del zapatismo en la fase ulterior a su muerte, volvió a colocar a Milpa Alta como alto referente simbólico de una guerra que ya concluía. Genovevo de la O, a fin de demostrar que no había claudicado ni se había rendido como se voceaba en los foros constitucionalistas de la Ciudad de México a fines de marzo de 1920, apeló a los modos efectistas de los golpes de fuerza. El día 28 voló un tren de pasajeros que venían de México a Cuernavaca a la altura de Tres Marías, capturando como rehén al agregado militar norteamericano que se encontraba entre los sobrevivientes. De allí, las columnas guerrilleras de Genovevo de la O, procedieron a realizar incursiones furtivas sobre la capital, fuera de saquear al poblado de Milpa Alta (Womack, 1985:353).

Los hechos apenas descritos se dan alrededor de los años en que

por favor pase a la página 13

tamoanchan número 32

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Es un suplemento semanal editado por



Cualquier información, sugerencia o publicidad dentro de este suplemento, favor de dirigirse a nuestras instalaciones en la Avenida Palmas #111 Fraccionamiento Bella Vista, c.p. 62170, en Cuernavaca, a al Teléfono (73) 13-28-93

Cultura y mirada

viene de la primera plana del suplemento Beals visita Milpa Alta y a su región, la cual en términos de identidad está englobada por la veneración al gran santuario de Chalma, como lo muestran los testimonios de Doña Luz, una anciana hablante de nahuatl y residente de Milpa Alta, la cual describe la vida de su pueblo entre Porfirio Díaz y Emiliano Zapata. Fue Fernando Horcasitas quien realizó y publicó las entrevistas a Doña Luz.

Algo de lo que destaca del texto sobre Milpa Alta de Beals es el diálogo entre modernidad y tradición que el autor lleva hasta la comparación entre la cultura y sociedad indígena mexicana y las norteamericanas. Muestra a personajes de Milpa Alta entrando y saliendo de la modernidad sin ningún problema mediando entre los dos mundos una lógica muy pragmática. Sus metáforas descriptivas llegan a ser muy poéticas: «Arrollando la miel con los dedos, la sepultaban como afilados puñales en su garganta, como suicidándose con rayos de luz», aunque a veces, da la impresión de perderse en metáforas que difícilmente compartirían los lugareños: «La cruz llega ser símbolo de la experiencia histórica, cargada de una doble conciencia de sufrimiento, un símbolo realmente nativo. Pronto la fállica rigidez de la cruz cristiana desaparece, los brazos se inclinan y redondean la base, como un torso forzado. Milpa Alta es pues un texto de testimonios y de creatividad literaria donde los reflejos multiculturales resultan muy vivos.

1) Agradecemos la búsqueda de información lograda y facilitada por el Dr. Ross Gandi, para ayudarnos en el desciframiento y recuperación de la obra y vida de Carleton Beals.

La hospitalidad tradicional forzó, por fin, la rigidez materna. Los forasteros blancos entraban a la casa, y la hija de su sangre no podía quedar afuera indefinidamente.

Esperanza fue admitida y tolerada, durante varios años. Su madre, una estricta puritana, le recordaba, de vez en cuando, que era un alma perdida. Pero ahora Esperanza ha pasado de los treinta, es gorda y saludable, optimista, económicamente independiente, y se ha incorporado sin restricciones al hogar.

Cuando el niño tenía algunos meses de edad, yo principié a tomar lecciones de azteca de Esperanza. A menudo me deleitaba con la ingenua gracia de su educación del niño. Sin el menor embarazo, con toda naturalidad, ella abría sus ropas y daba el pecho al niño. El niño buscaba el pezón y succionaba con efusión y entusiasmo, mientras la madre me

enseñaba a mí el equivalente mexicano de «yo voy a su casa», «él viene a la mía».

Esperanza me llevó a mí y a algunos amigos a las ceremonias religiosas celebradas en una de las iglesias más pequeñas, un templo franciscano de piedra gris, al que una bola había volado una torre durante la revolución. Se agregó a la misa una danza mora complementaria. Los participantes llevaban trajes medievales, más pelucas y barbas negras. Uno de ellos, provisto de un casco francés coronado de crines negras, peto blanco, pantalones rojos y llevando una bandera francesa, se veía realmente feroz. Después, cuando se sacó ese extraño disfraz, se vió que era un indio de rostro bondadoso, muy afable y risueño.

Se trataba de representar la lucha histórica entre los españoles y los moros, las batallas se simulaban con tres golpes de espadas de maderas cruzadas en el aire. La monarquía española estaba sentada con arrogancia sobre un pabellón castellano. Los reyes moros se sentaban en sillas de cuero, lcapal. Cada rey fue derrotado a su turno, después de largos discursos y cantos en mexicano. El espectáculo duró cinco horas.

Los niños también bailaron con blusas y pantalones rojos. El fin de la fiesta fue señalado por una descarga ensordecedora de cohetes.

Después se nos invitó a una casa de familia, donde nos ofrecieron atole, una gruesa tortilla de leche y maíz, y tacos.

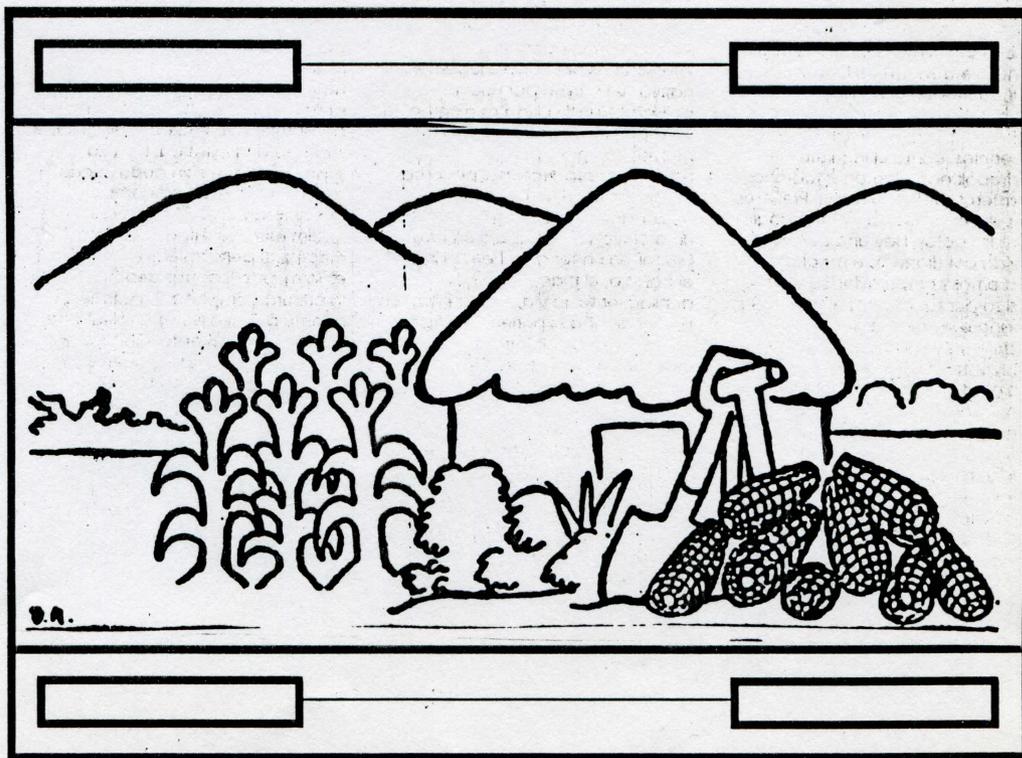
¡Qué graciosas maneras acompañan a la hospitalidad mexicana! He viajado mucho entre los campesinos españoles y africanos, Italianos y rusos, pero ningún, ¿hospitalidad iguala a la del indio mexicano. El campesino español tiene tal vez más conciencia de su hombría, puede ser arrogante y confiado en su pobreza, pero no posee la exquisita cortesía oriental de las clases bajas mexicanas. Uno podría considerar esto como síntoma de una larga opresión, una forma hipócrita y defensiva para tratar a los extranjeros, si no se tratan entre ellos con la misma grave dignidad. En nuestra muda ignorancia, debemos haber parecido zafios y egoístas a esa gente humilde y cordial. Se ayuda al forastero con una serie de atenciones y cumplimientos, que se contestan de forma análoga, con un largo apretón de manos y una mirada profunda a los ojos. No puedo reproducir las palabras, que salen perdiendo al ser vertidas al español desde su dialecto mexicano, pero son algo así: «Me causa un gran placer recibirlo a usted en esta nuestra humilde casa. Esta casa es pobre e indigna del honor que usted hace al visitarla. Pero nos ponemos nosotros y todo lo que tenemos a su disposición. No tiene más que ordenar y haremos todo lo posible

para cumplir sus deseos». Y el atento visitante responde más o menos: «Agradecemos la atención que usted nos dispensa. Basta que usted nos haya invitado, la generosa cordialidad nos compensa en exceso la visita. Sólo pedimos un rato de conversación con usted y sentir el calor de su amistad».

Luego Esperanza nos llevó por los caminos zigzagueantes, entre los farallones de lava y los muros de piedra coronados por frutos de tejocote, hasta la Iglesia principal, con su fuente comunal y su Tlaloc de piedra, adornado con geranios y flores de calabazo. Anduvimos bajo frescos portales, olorosos a frutas y bebidas vegetales. Un grupo de hombres sentados alrededor de un tiesto de terracota comía miel silvestre luminosa y dulce. Arrollando la miel con los dedos, la sepultaban como afilados puñales en su garganta, como suicidándose con rayos de luz.

Llegamos a la casa de piedra de la familia de Esperanza. En el interior humoso estaba sentada la madre, como una hechicera, rodeada de ollas rojas con extrañas yerbas. Ante ella había un metate, una piedra de lava pulida, para hacer tortillas de maíz que tostaba afanosamente en un comal. ¡Horror! Nuestro atole y tacos habían sido sólo una merienda ligera. Nos vimos obligados a sentarnos a una mesa con platos de vidrio verde y roja

por favor pase a la página 13



Cultura y mirada

viene de la página 13

terracota, decorados con animales y flores. Nuevamente nos pusimos a engullir, y esta vez un plato de resistencia, mole de guajolote, pavo asado cocinado con algunas veinte especias.

Nos retiramos cuando había obscurecido, descendiendo lentamente las gradas de piedra. Algunas sandalias pisaban suavemente junto a nosotros y unos musicales «buenas noches» salían de rostros perdidos en las sombras de la noche, y de amplios sombreros. El color gris de la meseta era ahora de un tenue violeta. El aire era un líquido aromático que ondeaba como un mar perfumado de especias. Los animales rumiaban y llenaban la noche de ruidos cordales. A lo lejos se divisaba la profunda hoyita del valle de México, y en su cuenca, brillando como una hoguera de carbones vivos, Ciudad de México. Otro mundo. En ese mundo se hallaba todo lo que filían de moderno: las calles vibrantes de tránsito y cegadoras de luces, restaurantes y salones y cafés; el lujo y la lujuria corriendo sobre colchines en una atmósfera de polvo y humo.

Aquí, en la paz de esta ciudad de altura, era fácil sentimentalizar sobre la vida reducida de estos campesinos indios en sus casas de muros de piedra y suelos de tierra viva, durmiendo humildemente en sus patates tejidas. Es verdad que hay pobreza en Milpa Alta; la sanidad es confiada a Dios; la superstición gobierna estas almas; la magia negra abunda, y los espíritus moran en todos los árboles. Sin embargo, cualesquiera que sean las limitaciones físicas e intelectuales de estas vidas, una serena gracia las adorna, la que nunca se advierte en lo que el mundo moderno llama el progreso. Los habitantes de Milpa Alta no polemizan con sus propias creencias, como el inquieto metropolitano. Llaman a todos los forasteros gente de razón. Prefieren simplemente vivir, dejando la lógica para los actos. Hay una belleza en la vida cotidiana que nosotros no podremos comprender. La vida se desliza por sus cauces elementales; la sangre sigue el ritmo de las estaciones y de los días. Milpa Alta se levanta con las aves y se duerme a la caída de la noche. Hay una íntima sinceridad espiritual en esta gente. Se conforman con poco, aun en la comida. Emplean muchas horas en hacer cosas bellas que tienen poco valor en el mercado. Hay el orgullo de los oficios y la obra de la mano. Hay un placer en trabajar bien con herramientas y materiales sencillos, en hacer obras que requieren mucha calma y paciencia. El pueblo tiene fortaleza. No se sienten abrumados por un deseo frenético de mejorar su standard de vida. No envidian a los que poseen

las grandes riquezas de este mundo. No les pesa la conciencia de su pobreza, como le ocurre al campesino europeo; no tiritan porque no están al sol de la vida social, les basta con el sol de la naturaleza.

¿Es ésta una vida demasiado placida? Es probable. Pero estoy seguro de que esta gente es mucho más feliz que un empleado de oficina norteamericano, prisionero en sus ocho horas de oficina, el que busca sus placeres en horas libres que no guardan coordinación con sus ocupaciones y trabajos. Los americanos vivimos en departamentos de actividades aisladas. La vida del campesino mexicano es una sola trama. El trabajo es placer, y el placer, trabajo. El día se integra en unidad, en continuidad placentera.

¿Es ésta una existencia demasiado animal? Es una vida elemental, pero no animal. Las artes nativas, su amor por el misterio, su cortesía, su poético temor ante todas las cosas de la naturaleza, todas estas cosas no son de índole animal. El indio pide muy poco a la naturaleza y recibe mucho. Su universo aislado está condenado a la extinción, tal vez pronto. Sin embargo, alguna vez y en alguna forma el mundo tendrá que redescubrir los valores esenciales que el indio conoce y venera. Su mundo es esencialmente mucho más rico que ese otro mundo de los automóviles, los radios, los teléfonos y las preocupaciones sociales. Sesenta millas por hora pueden significar una mente convencional, ojos distraídos y un alma momificada. La velocidad de la gasolina no transporta más nobles intenciones que el asno de Milpa Alta. Los americanos nos interesamos por nuevos juguetes, el nativo se interesa por nuevas bellezas. Nuestra vida es externa, la suya es interior, endógena. El no necesita religión, porque vive religiosamente. Nosotros ponemos nuestra religión en un departamento. La religión está en un archivero, el trabajo en otro, el placer en un tercero. Para el indio el trabajo, el placer, el pensamiento, la vida hogareña, son partes de una experiencia religiosa. Tal vez cuando nosotros seamos más sabios, cuando el tiempo haya estabilizado nuestra loca carrera hacia el progreso, el tumulto de nuestro industrialismo frenético, por el cual sudamos como esclavos, será algo tan sencillo y corriente como un petate de Milpa Alta. Tal vez estas cosas, que hoy nos desalojan de nosotros mismos, tomarán más tarde la armoniosa forma de una cultura y serán el telón de fondo, la perspectiva de nuestra vida, libertándola en vez de absorberla. Ahora somos mucho más esclavos de nuestra civilización que los indios de sus necesidades.

La edad de la máquina ofrece poca expectativa de devolvernos la pasión creadora. Quizás en vez de subordinarnos a la máquina, cuya rutina mata la expresión individual, con el tiempo dominaremos la máquina y la relegaremos a un proceso más automático, que demandará muy poca atención de la humanidad. Tal vez entonces podremos dedicarnos a labores creadoras, que serán, probablemente, más gratas que los actuales trabajos de los indios. Tal vez en un plano más real logremos recuperar lo que nuestra edad ha perdido y que el indio conoce y vive instintivamente. Entre tanto, y mientras seamos meros esclavos de la máquina, prefiero la vida de Milpa Alta.

Hay algo de oriental en el nativo, al menos en su resignación, en su renuncia voluntaria a aumentar sus trabajos y comodidades, a luchar por un progreso material y elevar el standard de vida. Sin embargo, hay algo más saludable y verdadero en su vida que en la de Oriente. Nosotros los americanos nos desviamos del sentido íntimo de la vida, volviéndonos al exterior, viviendo afuera de nuestro cuerpo y nuestra mente, conquistando a la naturaleza en lugar de nosotros mismos. El oriental no vive una existencia plena, porque se cierra al mundo exterior y se consagra a la conquista de su propio yo, dejando afuera a la naturaleza. Pero el indio mexicano vive en la raíz de las cosas. Hay una saludable penetración entre él y la naturaleza. El americano vive para el futuro, divide su tiempo en fracciones; el oriental destruye el tiempo; el nativo es el tiempo mismo, en su fluida esencia bergsoniana. El americano es práctico; el oriental, metafísico; el nativo, poético. Nosotros vivimos para la acción, el oriental para el pensamiento o el éxtasis religioso, el indio para la estética. La raza superior va a ser sin duda la que combine los tres elementos armoniosamente. Acción es nacimiento, estética es forma y alegría, el pensamiento abstracto es la muerte. Los tres deben integrar la cultura completa. Tal vez ningún pueblo puede vivir esta cultura de manera permanente. Quizás este resultado es la meta a que llegan por un breve período todos los pueblos cuya evolución no se malogra.

Volviendo de nuestra gira, en la media luz del atardecer, por los ondulantes senderos que atraviesan maizales y costras de lava, encontramos un pastor que llevaba un cordero vivo colgando del cuello, en la misma forma de un relieve de Hermes, protector de los ganados, que vi en el Museo de la Barraca, en Roma. El pastor estaba de pie en una loma, tranquilo en su fuerza, recortada su vigorosa y

apacible silueta sobre la llama del Poniente.

Era éste un hombre que no tenía el espíritu de renuncia del oriental, ni el espíritu de lucha en el sentido ideal de la palabra, ni la mentalidad científica o la conciencia del trabajo creador. Así viven la mayoría de las razas humanas. Y, sin embargo, en la vida de este hombre, no obstante su ignorancia, sus limitaciones, su falta de conciencia de sí mismo, se agita sin duda toda la gama de la aspiración emocional y racial. La vida de los

hombres como él se hallan inconscientemente mucho más cerca del verdadero centro de equilibrio de la actividad humana que las de aquellos que luchan por la comprensión creadora y por realizaciones deliberadas. El conjunto de su vida para este pastor solitario es instintivamente una creación, una sola pieza con la corriente vital que se prolonga a través de los siglos, y que no es perturbada en sus fundamentos por la agitación política. En esta corriente se apaga la tea humeante de la renuncia. Sus aguas fluyen con inmutuable serenidad sobre las violencias de los ambiciosos y sobre las luchas sangrientas de los que pelean por el poder. La ciencia y el estudio no pueden alterar su rutina fundamental o cambiar su ritmo eterno. Y es en esta corriente donde todos hemos nacido. A esta corriente todos retornamos, cuando nuestra lucha por la creación consciente nos hace desembocar en camino sin salida. Esta es la corriente y la norma de que todas las civilizaciones toman un impulso original y el punto de partida de sus ciclos. De la vida arraigada en la naturaleza misma, en los elementos, en la tierra, se levantan los grandes jefes, las grandes familias; y a esta misma vida real y fecunda retornan después sus descendientes lejanos. Así se formó Benito Juárez, el gran jefe indio y pastor de Oaxaca; así se formó Rubén Darío, el gran poeta nicaragüense, que floreció en la tierra cordal de Metapa.

Permanecemos sólo unos momentos más en Milpa Alta. A lo lejos, en el valle, sepeaba la luz de un tren, que parecía de juguete a la distancia. La luna plateaba la cima de Ixtacihuatl, la Mujer Blanca. Más cerca se dibujaban los conos truncos de cinco volcanes, dando fe de los cataclismos que habían engendrado la calma de Milpa Alta en las edades preteritas. Algunos autos subían por el camino de la montaña, dando fe de la violencia del porvenir. Porque la misma paz debe ser conquistada por medio de la lucha. La batalla por la paz es la más terrible de todas las batallas. Pero Milpa Alta no sabe nada de esto por el momento.